

sor menor de edad, estallaron discordias intestinas, encendidas por las contiendas religiosas y sociales simultáneas. Carlos V aprovechó esta situación de Inglaterra para continuar con fuerzas frescas la interrumpida guerra nacional. Completó la conquista de la Guiena, y quitó sus feudos franceses, en especial el rico condado de Evreux, á Carlos de Navarra, que ambicioso y veleidoso siempre, había roto su unión con Francia, que no le había dado los esperados beneficios, y se había puesto otra vez del lado de Inglaterra. Carlos de Navarra se vió entonces muy apurado en su propio reino, á pesar del auxilio inglés, por los ataques de las fuerzas aliadas francesas y de Castilla. Carlos V, viéndose fuerte, quiso acabar también con la hostilidad del duque de Bretaña, Juan de Montfort, que se había pasado otra vez á Inglaterra, y en diciembre de 1378 declaró incorporada la Bretaña al reino de Francia; pero se encontró con una resistencia inesperada: envió allí á Duguesclin con un ejército, pero éste tampoco logró someter el país, y aconsejó al rey una composición amistosa con Juan de Montfort. Esto dió lugar á un conflicto entre el rey y su condestable, el cual, indignado, remitió al rey, que le debía todos sus triunfos, su espada de condestable con intención de marchar á Inglaterra, donde serían mejor apreciados sus servicios. Mucho costó calmarle, pero era indispensable hacerlo, tanto mas cuanto que se temía un desembarque inglés; en el Mediodía reinaba una confusión lamentable; en el Languedoc, el conde de Anjou con sus extorsiones había suscitado una sublevación de los pueblos, que el rey solo pudo hacer cesar reuniendo el país otra vez á la corona; pero luego vinieron réplicas del mismo país para que se le librara de las compañías de soldadesca, que lo asolaban todo, y fué menester enviar allí á Duguesclin. Este en el camino puso sitio á la fortaleza de Chateau-Neuf de Randon, defendida por ingleses y gascones, y allí enfermó y falleció á la edad de 66 años pocos instantes despues de haberle sido entregadas las llaves de la plaza, que capituló el 13 de julio de 1380. Su cadáver fué conducido con honores casi reales, como correspondía á un héroe nacional, á Saint-Denis y depositado cerca del sitio que Carlos V había elegido para construir su sepulcro.

Entretanto los ingleses realizaron la proyectada invasión dirigida por el conde de Buckingham. El ejército inglés, sin detenerse delante de ninguna plaza fuerte de las que encontró en su camino, dirigióse á Reims y de allí á Troyes, sufriendo gran escasez de víveres, pues los franceses habían retirado todas las provisiones á las ciudades y, acatando las órdenes del rey, evitaban toda acción importante. Al dirigirse al Oeste por Sens para socorrer á los aldeanos de Bretaña sublevados, vióse Buckingham con sus tropas en el país de Vendome súbitamente rodeado por fuerzas francesas, y se preparó á forzar el paso del Sarthe y á continuar la ruta en condiciones las mas desfavorables, luchando contra fuerzas superiores en número. Mas contra todo lo que había esperado, el día fijado para la marcha encontró el paso libre, atravesó el río y continuó su camino sin obstáculos. Carlos V había enfermado gravísimamente, y sus hermanos los duques de Berry y de Borgoña, que formaban parte del ejército francés, habían sido llamados cerca del rey. Este nunca había tenido una salud robusta, y al parecer degeneró la enfermedad repentinamente en consunción que acabó en corto tiempo con su vida. Recomendó á sus dos hermanos citados y á su cuñado, el duque de Borbon, que velaran por el heredero de la corona, niño todavía (1) y al cual, según el pronóstico

(1) Para decirlo desde luego, observaremos que éste fué su hijo mayor Carlos VI, llamado el Amado y el Loco, que á la muerte de su padre contaba cerca de 12 años. Su hermano, el hijo segundo de Carlos V, se llamaba Luis, duque de Orleans.

de un astrólogo, amenazaban peligros especiales. Aconsejéles también que suprimieran las contribuciones elevadas y los impuestos con que había oprimido á su pueblo, y el último día de su vida firmó él mismo con mano temblorosa el decreto de supresión de los nuevos impuestos que había introducido sin la aprobación del parlamento. Expiró el 16 de setiembre en su palacio de la Beauté, á orillas del Marne.

De las disposiciones y expresiones del rey moribundo se desprende la poca confianza que tenía en la conservación de su obra; y sus temores resultaron en efecto fundados. Por lo pronto quedó paralizada la guerra con Inglaterra, pero sin hacerse la paz; los convenios existentes habían perdido su valor; los Plantagenet habían anulado su renuncia á la corona de Francia, y la Inglaterra, poseedora de Calais, podía renovar su ataque cuando quisiera. Verdad es que la situación de Francia había mejorado: disponía de Flandes; su alianza con Escocia le permitía suscitarse á la Inglaterra una guerra por aquel lado; la alianza con Castilla aseguraba á la corona de Francia la posesión de las provincias del Mediodía; se podía contar con la amistad del papa Clemente VII en Aviñon, y finalmente la unión política y los lazos de parentesco con el emperador Carlos IV ponían al rey de Francia en relación con los vastos proyectos de la casa de Luxemburgo, encumbrada en poquísimos años. Pero Francia estaba exhausta y necesitaba descanso, y justamente quiso la fortuna que los sucesos en Inglaterra le facilitaran este reposo por un buen número de años sin ningún esfuerzo de su parte.

Los sucesos que se desarrollaron en Inglaterra á la muerte del rey Eduardo III, tienen cierta semejanza con los que ocurrieron en Francia en tiempo de los hijos de Felipe el Hermoso. A una crisis social que agitó la nación hasta en sus clases mas bajas, se agregaron un cambio de dinastía y una lucha contra las pretensiones eclesiásticas, como la que había sostenido Francia contra Bonifacio VIII; solo que esta última lucha nació de un conflicto de intereses materiales entre la monarquía que se iba vigorizando y el clero, mientras en Inglaterra la provocó la indignación que á la nación causaba su dependencia del papado, que le había impuesto en otro tiempo un rey indigno de serlo. Por esto no se trató en Inglaterra simplemente de sacudir el yugo papal, sino también de una guerra teológica contra la curia romana y sus fundamentos dogmáticos, lucha que á su vez engendró un movimiento teológico reformador que abrió los ojos al pueblo bajo, le hizo ver su situación abyecta, y condujo á la tentativa de mejorar esta situación por medio de la fuerza.

Inglaterra, en su guerra con Escocia se había encontrado siempre enfrente del papado, servidor del reino de Francia. Las victorias brillantes que sobre este antiguo adversario había conseguido hicieron que pareciera á los ingleses doblemente humillante ser tributarios del servil pontificado de Aviñon. Aumentó el descontento la codiciosa manera con que la curia explotaba para sus arcas los pingües recursos de la iglesia inglesa, valiéndose de cuantos títulos podía imaginar para fundar sus exigencias. Ya en el año 1365 se había impuesto el castigo de la confiscación de bienes á una tentativa de llevar las cuestiones jurídicas inglesas ante un tribunal extranjero, y hasta se había propuesto el medio de acabar con los continuos conflictos entre el Estado y la Iglesia, excluyendo al clero de todo cargo del Estado; pero el clero se había resistido tan enérgicamente á esta medida como á la extensión de la jurisdicción del Estado sobre aquellos de sus miembros que habían faltado á sus deberes en los cargos civiles que les estaban confiados. En 1366 el parlamento dió un gran paso en la emancipación eclesiástica de Inglaterra decidiendo que en adelante el rey no pagaría

á la curia el tributo de mil chelines, que desde el tiempo del rey Juan pagaba la corona en concepto de feudataria del Papa, porque esta servidumbre había sido contraída sin la aprobación del parlamento. Al mismo tiempo amenazó que si la curia echaba mano de medios coercitivos, se le opondrían otros para inutilizarlos.

Las muchas quejas que Inglaterra tenía de la curia papal fueron alegadas en el congreso que en el año 1375 se reunió por mediación del Papa para pactar la paz entre Francia é Inglaterra, pero que no pudo hacer mas que una tregua insegura. Estaba representada Inglaterra en este congreso por el hijo segundo de Eduardo III, el enérgico, inteligente, ilustrado y despreocupado Juan de Gante, duque de Lancaster, y por Juan Wicliffe, el erudito catedrático del colegio de Merton en Oxford, el cual desde el nuevo punto de vista dogmático, basado sobre la Sagrada Escritura, y desde el punto de vista del honor é independencia de la nación inglesa, sometió á un exámen riguroso las extralimitaciones de la curia papal.

Wicliffe, que había recibido de su protector, el duque de Lancaster, el pingüe curato de Lutterworth en la diócesis de Lincoln, posición que le permitía vivir con mucho desahogo, empezó por examinar las pretensiones del Papa solo desde el punto de vista del honor y de la independencia de su país; buscó despues poco á poco las causas fundamentales de la degeneración moral de la Iglesia y examinó el dogma, que en su opinión había conducido á consecuencias tan extraviadas en el gobierno eclesiástico y en la conducta del clero, para averiguar hasta qué punto este dogma estaba fundado en la Sagrada Escritura, y encontró no solamente que su base era flaquísima, sino que el tal dogma estaba en contradicción manifiesta con las Sagradas Letras. Estudiando mas, se hizo gradualmente reformador, y sus ataques á la Iglesia produjeron tanto mayor efecto cuanto que se armonizaban con el sentimiento, ya poderosamente excitado, del pueblo, porque Wicliffe, sirviéndose en sus polémicas de su idioma patrio, las hizo tan accesibles al pueblo como á los eruditos. Al principio de su carrera había atacado Wicliffe la institución de los frailes mendicantes; pero despues atacó toda la institución monástica con razones sacadas de la Sagrada Escritura, y de investigación en investigación llegó á combatir muchas doctrinas fundamentales de la Iglesia romana como la confesión auricular, la absolución y la veneración de los santos y de las imágenes. Jamás habían sido atacados los fundamentos dogmáticos de la Iglesia romana con igual fuerza, con un sistema y con un lenguaje tan inteligibles para la gente lego. En toda Inglaterra no tardó en resonar el eco de estas palabras inspiradas que muchos discípulos de Wicliffe repetían al pueblo, comparando al propio tiempo con la verdad evangélica resucitada la vida y conducta del alto y bajo clero materializado y hasta desnaturalizado, con el cual contrastaba la sencillez, la pobreza y la conducta moral severísima de los apóstoles de la nueva doctrina.

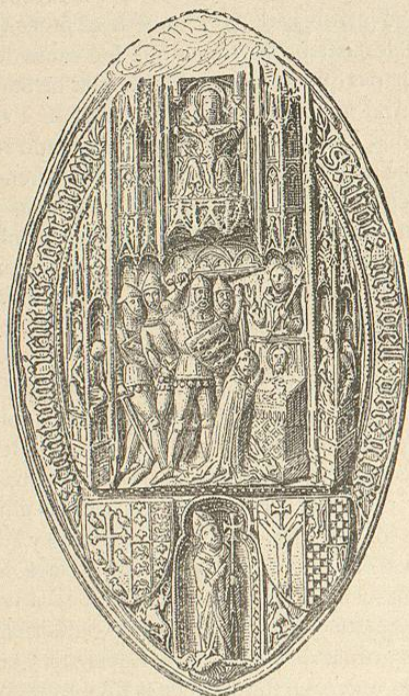
Ocioso es decir que se hicieron grandes esfuerzos para reducir á Wicliffe al silencio: el obispo de Londres le llamó ante su tribunal eclesiástico; pero el duque de Lancaster acompañó á su protegido á la iglesia de San Pablo, donde debía ser oído, y la presencia del duque agitó el plan de los adversarios del reformador. Los obispos ingleses presentaron queja ante el papa Gregorio XI en Aviñon, el cual encargó al primado de Inglaterra, el arzobispo de Cantorbery, la formación de la causa eclesiástica contra Wicliffe por las herejías de que se le acusaba en 19 artículos de cargo, todo á instancias principalmente de las órdenes monásticas, combatidas rudamente por Wicliffe y sus discípulos.

En esto había muerto Eduardo III y le había sucedido en

el trono su nieto Ricardo II, que solo contaba 11 años y que reinó desde el año 1377 hasta 1399. La regencia que durante su menor edad fué encargada del gobierno del país estaba compuesta de dos obispos, dos condes, dos barones y dos simples caballeros, es decir, por el estilo del parlamento. Durante la menor edad del rey tuvo una influencia dominante el noble y popular Juan de Lancaster, porque la renovación de la guerra con Francia pedía un gobierno bien unido, y también se avivó la animosidad contra la curia por ser ésta auxiliar de Francia, todo lo cual favoreció los trabajos de reforma de Wicliffe y determinó á los clérigos encargados de tomarle declaración á no proceder con vigor. Además el pueblo tomó una actitud amenazadora á favor de su amado predicador, y Wicliffe por su parte facilitó con sus respuestas vagas en el palacio arzobispal de Lambeth el proceder suave de los jueces eclesiásticos. El cisma que fué causa de que se eligieran dos papas que se disputaron la silla de San Pedro y se anatematizaron mutuamente y excomulgaron á sus respectivos partidarios, envileciéndose ellos y rebajando su alta dignidad; la lucha apasionada, el creciente desenfreno y barbarización del clero y el aumento de sus exigencias pecuniarias dieron abundantes motivos á Wicliffe para redoblar su actividad y confirmarse en su opinión, con sus amonestaciones y sus pronósticos de un próximo cataclismo. Para él la Iglesia de Roma era el reino del mismo Anticristo; en la curia papal veía la sinagoga de Satanás, y, al contrario, en la Sagrada Escritura la única norma de la doctrina evangélica. En su consecuencia, facilitó al pueblo esta norma con su traducción de la Vulgata al idioma popular inglés. Bajo sus rudos golpes cayó todo el edificio de la doctrina de la Iglesia papal; con rigidez inflexible sacó hasta las últimas consecuencias de los principios que había sentado y adelantándose á su época, cuya inteligencia era aun esclava de la Iglesia, llegó hasta desechar la transubstanciación eucarística, el fundamento dogmático del clero católico, admitiendo solo la presencia espiritual de Cristo en la Eucaristía y proponiendo el sacerdocio universal fundado en la divina gracia que la humanidad debe al Salvador.

Ninguno de los ataques que hasta entonces habían sido dirigidos contra la doctrina y constitución de la Iglesia papal podía competir con los de Wicliffe, cuyos argumentos se fundaban en la Sagrada Escritura, en cuanto á lógica, y al valor y energía reformistas. Ningun ataque había reunido la multitud de objeciones conocidas en su época en un solo cuerpo como lo hizo Wicliffe con tanta confianza, convicción y entusiasmo contagioso. Wicliffe, reformador valiente y seguro, respirando el valor moral y la conciencia de la nacionalidad de un pueblo poderoso, concretó en un sistema completo, basado en la Sagrada Escritura, lo que antes de él habían enseñado, cada uno por su parte, Arnaldo de Brescia en el terreno eclesiástico, los valdenses y los patarinos en sus doctrinas, los monárquicos de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania en el terreno político, y otras muchas sectas en su espíritu especial. Por esto fué tan inmenso el efecto que produjo la doctrina de Wicliffe en la nación inglesa hasta en las clases mas bajas, para las cuales la Iglesia papal había cesado desde mucho tiempo de ser el auxiliar y el ángel consolador y solo era á la sazón dura soberana que exigía obediencia, servidumbres, tributos y gabelas. Sucedió también, como no podía menos de suceder, que el pueblo bajo, seducido por la idea de la libertad é igualdad evangélicas, que los «hermanos pobres» secta fundada en las doctrinas de Wicliffe, predicaban con entusiasmo, mientras que daban el ejemplo con su vida sencilla y su pobreza voluntaria, quedó profundamente conmovido y conociendo su fuerza trató de realizar todas las consecuencias que sacó de

estas doctrinas: á saber, la revolucion social. Los adversarios de Wicliffe le han acusado sin razon de haber sido la causa inmediata y hasta el autor é instigador de este movimiento revolucionario; pero de todos modos, hay que convenir en que la revolucion fué resultado natural de la agitacion sembrada por las doctrinas de Wicliffe, agitacion que hizo estallar la indignacion que fermentaba en las masas. El pueblo estaba agobiado bajo el peso que soportaba; la guerra con Francia se habia vuelto á encender y requería nuevos sacrificios; se impuso una capitacion á la poblacion rural; el señor territorial, noble ó eclesiástico, cargó sobre sus siervos lo que el Estado le pedia á él; acaso tambien los soldados que volvian de Francia á Inglaterra llevaron á su país la doctri-



Sello del arzobispado de Cantorbery.
(tamaño natural).

Representa en el centro el episodio del asesinato de Tomás Becket.
Consérvase en el archivo del Estado en Berlin.

na del derecho natural segun la habia explicado aquel rey de Francia que obligó á sus siervos á comprar su libertad porque todo sér humano nace libre. De todos modos, en la primavera del año 1381 estalló una sublevacion formidable de los siervos de la gleba, que acaudillados por sacerdotes revolucionarios como Juan Ball y Juan Straw y por un artesano llamado Wat Tyler, cometieron toda clase de atrocidades en los condados de Essex y Kent, quemando los castillos de sus tiranos y degollando á los nobles que cayeron en su poder. No tardaron estas hordas en presentarse á las puertas de Lóndres, donde al instante se levantó el populacho, el cual destruyó los palacios de los grandes, saqueó las casas y almacenes de los comerciantes, y sitió al jóven rey en la llamada Torre de Lóndres, pidiendo las cabezas de los consejeros y funcionarios que habian excitado su odio. El jóven rey montó á caballo y con mucha serenidad salió de la Torre para hablar á los sublevados. Llegóse á él el jefe Wat Tyler, el cual se presentó con tan excesivo desgarro que el corregidor de Lóndres, que acompañaba al rey, temió que aquel orgullo fuera precursor de otras cosas peores, y para evitar el peligro traspasó al descarado con su espada. Antes de que los sublevados volvieran de su asombro, declaróles el rey con admirable presencia de espíritu que queria ser su jefe. La multitud sorprendida retrocedió

y empezó á dispersarse, y entonces cargó la tropa sobre los revolucionarios é hizo gran destrozo entre ellos. Los nobles cobraron valor y con poco esfuerzo se acabó de sofocar el alzamiento del pueblo extraviado, que fué castigado luego terriblemente por haber querido hacerse justicia por sí mismo.

Como siempre, á esta explosion de la fuerza del pueblo sucedió una reaccion que se extendió hasta la misma doctrina de Wicliffe y á su autor. Juan de Lancáster, que huyendo de la sublevacion habia pasado á Escocia, no se atrevió á proteger ya á Wicliffe, cuya participacion en los últimos disturbios no pudo ser, sin embargo, probada; pero en mayo de 1382 un sínodo reunido en Lóndres condenó veinticuatro proposiciones de Wicliffe, excomulgó á cuantos se habian adherido á ellas y decretó penitencias expiatorias especiales. Durante los debates ocurrió un temblor de tierra que fué saludado por Wicliffe como una señal del cielo contra sus adversarios. Entonces empezó la persecucion, á la cual prestó su brazo muy solícita la autoridad civil. Wicliffe sin embargo se confirmó en su doctrina en un escrito titulado: «De la conservacion de la fe cristiana,» dirigido al rey y al parlamento, en el cual adujo nuevas pruebas á favor de sus creencias y recomendó la supresion de los conventos y la confiscacion de los bienes de la Iglesia á favor del Estado. A consecuencia de este escrito tuvo que presentarse ante otro sínodo reunido en Oxford, aunque sin gran resultado. Su comparecencia ante este sínodo señala el apogeo de su carrera de reformador, porque en él defendió tenazmente su negacion de la transubstanciacion, para la Iglesia romana la mas peligrosa de las doctrinas del crítico reformador, por lo cual fué expulsado de la universidad; pero continuó en posesion de su curato de Lutterworth hasta su muerte, que ocurrió en 31 de diciembre de 1384.

No lo pasaron tan bien sus partidarios, que eran muchos, especialmente en las clases bajas, los cuales, mas que por las doctrinas dogmáticas de Wicliffe, que les habian sido predicadas por los discípulos de éste, los «hermanos pobres,» se habian entusiasmado por las consecuencias sociales y políticas que de ellas habian sacado. Perseguidos cruelmente, huyeron y se ocultaron donde les fué posible; pero los espías no les dejaron en paz, y los que fueron descubiertos murieron valerosamente por su fe, sufriendo todos los bárbaros martirios que sus enemigos les impusieron. El pueblo los llamó *tolardos* (1). Exteriormente quedó restablecida la unidad religiosa en Inglaterra, y la Iglesia, con su vigilancia y el apoyo de los gobiernos, consiguió que cayeran en olvido las doctrinas del gran reformador de Oxford, pero no pudo ya hacer desaparecer el sentimiento nacional noble é independiente que Wicliffe habia despertado en el pueblo inglés, el cual en adelante se opuso eficazmente á toda explotacion de parte de la Iglesia de Roma. El gobierno en union con el parlamento trabajaron de consuno para hacer independiente á la Iglesia de Inglaterra de la Iglesia papal, dividida entonces por un cisma entre dos Papas. La doctrina de Wicliffe, olvidada en Inglaterra, reapareció despues, aunque en otro país muy distinto, y tambien se puso al servicio de una causa nacional mas que de una agitacion religiosa (2).

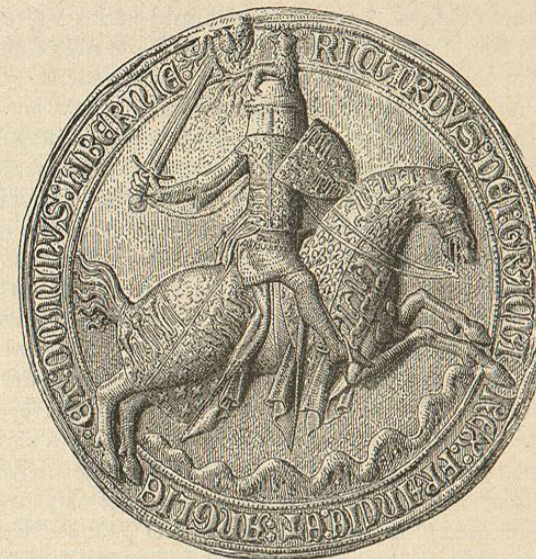
Entretanto el jóven Ricardo II habia llegado á la mayor

(1) Porque degenerando formaron bandas de salmodistas que recorrian hasta los Países Bajos y parte de Alemania, y los confundió con los beguinos. El nombre *tolardo* puede haber significado vagabundo, haragan.

(2) Para no dejar al lector inútilmente suspenso, diremos desde luego que esto ocurrió veinte años despues de la muerte de Wicliffe, en Bohemia, y que el jefe del movimiento fué Juan Hus, que fué despues quemado en Constanza por orden de aquel concilio. (N. del T.)

edad y tomado las riendas del gobierno, pero ni con esto mejoró la situacion interior y exterior de Inglaterra; las cargas que pesaban sobre el pueblo continuaron como antes; ni cesó la guerra en la frontera escocesa, aunque el jóven rey dirigió allí personalmente una campaña; Flandes continuó en poder de los franceses, porque no se dió á Felipe de Artevelde el auxilio que pedia y necesitaba, y una expedicion á Portugal, desde donde se quiso atacar á Castilla por ser aliada de Francia, devoró sumas inmensas de dinero y no dió resultado. La guerra con Francia amenazaba estallar de nuevo, y á los sacrificios que todo esto impuso al pueblo se agregaron las exigencias crecientes de una corte derrochadora y, lo que era aun peor, la índole perversa del jóven rey, que se fué manifestando cada vez mas. Dado á los placeres sensuales, se fué haciendo despótico y arbitrario sin consideracion ni respeto á nadie; celoso de su poder soberano, postergó visiblemente para ofenderlos y mostrarles su desconfianza á los hombres que habian gobernado el país durante su menor edad con buen celo y acierto, entre ellos sus propios tíos Juan de Lancáster y Tomás de Gloucester, y en lugar de ellos protegió á hombres aduladores, cuya elevacion á los primeros puestos y cuya creciente influencia despertaron el rencor de la nobleza, que en la guerra como en la paz se habia mostrado siempre dispuesta al servicio del país. Muy pronto se vió claramente que Ricardo con estos instrumentos, dóciles á su voluntad, se proponia despojar al parlamento de sus privilegios, hacerse independiente de esta corporacion, especialmente en materia tributaria, y reinar como soberano absoluto. Eran sus principales satélites Roberto de Vere, á quien nombró virey de Irlanda, y Miguel de la Pole, hijo de una familia de la clase media, que nombrado conde de Suffolk y canciller, ó sea ministro principal, intervenia en todo. Las clases media y rural estaban descontentas de la situacion económica lamentable y de los impuestos, y la nobleza, indignada del favoritismo, se unió con ellas en una sola oposicion compacta. En otoño del año 1387 estalló un conflicto con motivo de las exigencias del canciller, que con insolente altanería pidió nuevos recursos pecuniarios al parlamento. Este contestó pidiendo que se formara causa al canciller y á los demás consejeros del rey, fundándose en su derecho de intervencion en el nombramiento de los altos funcionarios de la corona, que estaban obligados á dar cuenta al parlamento de su gestion. El rey indignado amenazó con pedir el auxilio francés contra el parlamento, dando así á conocer imprudentemente su secreto designio de anular la constitucion; pero cambió de rumbo cuando la comision parlamentaria, llevando á su cabeza el tío del rey, el duque de Gloucester, encargada de poner en conocimiento del monarca las resoluciones del parlamento, le contestó sin circunloquios que entonces el parlamento le declararia destituido, recordándole de paso la suerte de su antepasado Eduardo II. Esto hizo ceder á Ricardo, pero solo por de pronto; su canciller fué encerrado en la Torre como preso de Estado y el parlamento nombró de su seno un consejo permanente formado por once magnates eclesiásticos y laicos para vigilar los actos del gobierno del rey. Esta comision tuvo por algun tiempo en sus manos las riendas del gobierno, cortó sin consideracion los abusos que se habian introducido en la administracion pública y vigiló severamente los gastos del rey en su corte. Ricardo, sin embargo, no pensaba mas que en sacudir el molesto yugo de esta dependencia. En union con Pole, que habia sido puesto en libertad, y de Vere, elevado á la dignidad de duque de Irlanda, tramó un golpe de Estado, contando con la cooperacion de la poblacion de la capital, que no simpatizaba con el gobierno aristocrático, demasiado rígido. Pero se descubrió la trama y la parte contraria tomó la delantera; el

duque de Gloucester se presentó á la cabeza de un ejército formado de los nobles con sus contingentes, delante de Lóndres; los auxiliares principales de Ricardo huyeron ó fueron reducidos á prision; el rey se ocultó en la Torre, que cayó en poder de los sublevados, porque los vecinos de la capital no se atrevieron á moverse, y Ricardo tuvo que abandonar á sus satélites á la venganza de la nobleza irritada. A principios de febrero de 1388 fueron todos condenados á muerte por el parlamento reunido en Lóndres, menos los dos favoritos mas odiados, Pole y Vere, que habian logrado huir al extranjero; pero solo murieron el corregidor de Lóndres y el juez Tresilian, los instrumentos principales de aquellos, que fueron ahorcados; á los demás, por mediacion del clero, se les conmutó la sentencia de muerte en destierro perpétuo á Irlanda. Los dos ahorcados se habian distinguido por su



Sello de Ricardo II de Inglaterra
(3/4 de su tamaño natural).

Consérvase en el Real Archivo del Estado, en Berlin

ferocidad en la persecucion y castigo de los sublevados capitaneados por Watt Tyler.

Fué aquella una gran derrota de la dignidad real, pero tambien de la constitucion, que la alta nobleza habia pisoteado, y así lo comprendieron los jefes del movimiento, porque teniendo que otro día una nueva revolucion pudiera hacer con ellos lo que ellos habian hecho con los partidarios del rey, hicieron votar en junio al parlamento una declaracion prohibiendo que lo sucedido pudiera servir en lo sucesivo de precedente para motivar un procedimiento análogo con personas acusadas del delito de alta traicion por una revolucion triunfante. Con esto se condenaron los pronunciados á sí mismos, y todo redundó de rechazo en mayor crédito de la dignidad real. Sucedió una cosa análoga á la ocurrida en tiempo de Eduardo II; revolucionarios semejantes no encontraron simpatías en el pueblo, que desconfiaba de la aristocracia y deseaba en su propio interés la restauracion de la dignidad real pisoteada. Así fué que Ricardo, al cabo de un año de impotencia forzosa, creyó que habia llegado el momento de recobrar el poder que le habia sido arrebatado por sorpresa, y en mayo del año 1389 dijo á la comision de regencia que en adelante deseaba gobernar por sí mismo. La comision no se atrevió á oponerse y cedió su puesto á los consejeros y funcionarios nuevos, nombrados por el rey. El parlamento tambien se conformó, porque Ricardo le prometió, y por algun tiempo cumplió su promesa, gobernar ciñéndose á la ley, con lo cual pudo disfrutar el